



Asimetría: espectros del comparatismo en la circulación de la teoría¹

Nora Catelli²

Universidad de Barcelona
ncatelli@gmail.com

Resumen: La World Literature supone la circulación de obras y textos de creación, de géneros y estilos, de propuestas estéticas. Supone también, por ello, centros y administradores de la actividad de traducción, más allá de los debates filosóficos, lingüísticos y políticos acerca de la regulación hegemónica de estos intercambios. No obstante, se atiende poco –salvo entre Estados Unidos de América y Europa– a la traducción del pensamiento y la teoría que ha acompañado la creación literaria en los ámbitos latinoamericanos. Este ensayo pone en relación los ritmos norteamericanos y latinoamericanos de la traducción de la teoría europea (antropología, psicoanálisis o crítica cultural) y señala sus concomitancias o diferencias.

Palabras clave: World Literature – Comparativismo – Teoría – Asimetría

Abstract: World Literature involves the circulation of creative works and texts, genres and styles, of aesthetic proposals. In consequence, it also involves centers and administrators of translation, beyond philosophical, linguistic, and political debates regarding the hegemonic regulation of those exchanges. Notwithstanding, little attention is given –except between the United States of America and Europe– to the translation of thought and theory that have accompanied literary creation in Latin American spaces. This essay shows tensions in North and Latin American rhythms regarding the translation of European theory (Anthropology, Psychoanalysis, or Cultural Criticism), and points out their concomitances or differences.

Keywords: World Literature – Comparativism – Theory – Asimetry

¹ Ponencia en el Encuentro organizado por el Department of Comparative Literature, (Harvard University), *Frictions of World Literature: Taste, Value, and the Academy in Spanish and Latin American Literatures and Contexts*, en mayo de 2015.

² **Nora Catelli** es Licenciada en Letras por la Universidad Nacional de Rosario y Doctora en Filología Hispánica. Actualmente enseña Teoría de la Literatura y Literatura Comparada en la Universidad de Barcelona. Es autora, entre otros libros, de *El espacio autobiográfico* (Lumen, 1991) y de *El tabaco que fumaba Plinio. Escenas de la traducción en España y América: relatos, leyes y reflexiones sobre los otros*, en colaboración con Marietta Gargatagli.

Cualquier estudio acerca de las relaciones culturales actuales, a partir del resurgimiento mundial del comparatismo, debe tomar en cuenta el paralelo desarrollo de la historia y la teoría de la traducción. Parto de esta consideración para vincularla con una experiencia: la de la asimetría cultural, tanto geográfica como temporal, en el caso de los miembros del mundo plural de las literaturas americanas, hispanas y latinas con respecto a otros centros de producción del conocimiento.

Somos, sin duda, esforzados cosmopolitas. Ése es el efecto de la asimetría. Somos lectores habituados a no justificar nuestros dobles o triples usos literarios y teóricos: nuestras naciones lo permiten, lo allanan, lo necesitan. Los latinoamericanos –y hasta cierto punto, también los españoles, aunque de muy distinta manera y con sensibles resistencias– estamos habituados a pensar en dos o tres mundos a la vez y a intervenir sobre el nuestro, el específico, el de nuestras lenguas y sus jerarquías, atrayendo hacia él referencias externas de variada índole y procedencia. No soy la primera en intentar el dibujo de las principales estrategias de intervención plural que nos define. En particular, quiero invocar, como antecedentes inmediatos, los trabajos de María Teresa Gramuglio que, desde 2004, discuten los aspectos referidos a la oposición entre centro y periferia en Pascale Casanova, Franco Moretti, Christopher Prendergast, (editor de *Debating World Literature*) e Ignacio Sánchez Prado (editor de *América Latina en la literatura mundial*). En “Literatura comparada y literaturas latinoamericanas. Un proyecto incompleto” (2009) Gramuglio se refiere en una conferencia de 2009 a nuestra actividad, y de nuestros programas y estudios universitarios (Gramuglio 376). Unos años más tarde Miguel Rosetti, en “A contraluz: World Literature y su lado salvaje” retomó algunas de estas ideas. A través del análisis histórico de los hitos fundamentales del americanismo (de Alfonso Reyes a Darcy Ribeiro, Ángel Rama o Antonio Cándido) con el fondo de las figuras internacionales (Wellek, Auerbach, Moretti, Casanova), Rosetti señala que, en parte, su trabajo le permite “aprovechar la ocasión de una modelización ‘fuerte’ para dibujar sobre su fondo (y a trasluz) un modelo débil, deducible de la propia genealogía del latinoamericanismo y de su espectral relación con el campo crítico de los estudios literarios comparados” (Rosetti “A contraluz” 2).

No es casual que Gramuglio, formada en la turbulenta, inestable y disruptiva universidad pública argentina de los años cincuenta y sesenta del siglo XX y Rosetti, formado en esa misma universidad, pero en el período estable, aunque lleno de sobresaltos económicos e institucionales que se inicia en 1983, definan nuestro comparatismo como “implícito” y “espectral”. Sugiero tener presentes estos adjetivos para comentar algunos episodios de nuestra historia donde se advierte que lo “implícito” y lo “espectral” habitan en los pliegues de nuestra precoz, ansiosa y abundante historia de las traducciones, tanto en la crítica como en la teoría literaria. La pulsión traductora es, como sabemos, parte de nuestra condición; la pulsión traductora produce fantasmas; y la pulsión lectora de traducciones los mantiene activos.

Me detendré en algunos episodios modernos de esta historia, episodios que muchas veces alteran los mapas y cronologías que se suelen dar por inalterables desde los grandes centros de estudios comparados.

Dos caídas en la lógica binaria

Dos ejemplos ilustres y a la vez cándidos del modo en que nuestra actividad fantasmática es invisible se verifica en dos afirmaciones admirablemente poco contrastadas. La primera se debe a Joseph Hillis Miller; en el *abstract* de “Border Crossing: Translating Theory” afirmaba:

American literary theory has been translated and appropriated in all parts of the world. If literary theory examines the use of language in literary works so as to transform history, society and individual life style, then how can theory overcome national, language and cultural borders? These features of literary theory would seem not to permit this kind of translation because theory depends on the grammatical features of the original text. If good literary theory often comes from reading literary works, how can theory break away from its local origins? (Hillis Miller “Border crossings” 27-51).³

³ Mi traducción: “La teoría literaria estadounidense ha sido traducida y se la ha apropiado todo el mundo. Puesto que la teoría literaria examina el uso del lenguaje en las obras literarias para así transformar la historia, la sociedad y el modo de vida individual, ¿cómo puede la teoría traspasar las fronteras nacionales, de lenguaje y de cultura? Estos rasgos de la teoría literaria parecerían no permitir este tipo de traslado, ya que la teoría depende de los rasgos gramaticales del texto original. Si la buena teoría literaria depende muchas veces de la lectura de obras literarias, ¿cómo puede la teoría desprenderse de sus orígenes locales?”.

Hillis Miller retoma el tema, en 1991, siguiendo algunas sugerencias de Edward Said en un ensayo de *The World, the Text and The Critic* (1983) acerca de la llegada de la teoría literaria europea a Estados Unidos. Pero lo que me interesa es lo que, tras el *abstract*, da por sentado Hillis Miller:

Los trabajos teóricos americanos están siendo traducidos y asimilados por muchas lenguas y culturas diferentes: en el lejano Oriente, en Sudamérica, en la Unión Soviética y otras partes del Este de Europa, en Australia, África e India. [...] El por qué la teoría literaria parece trasladarse o cruzar las fronteras con tanta facilidad no es algo que esté inmediatamente claro, como tampoco lo está qué significa que la teoría literaria, desarrollada en principio en Europa y en América, está ahora viajando a cualquier parte del mundo, sobre todo de las manos de las versiones americanas (Hillis Miller 27-51).

El segundo ejemplo –también ilustre, también cándido– es más reciente. En el capítulo V (“Kilito’s Injunction: ‘Thou Shalt Not Translate Me’”) de *Against World Literature. On the Politics of Untranslatability* Emily Apter señala: “The intra European and trans-Atlantic⁴ transfer of texts while often acknowledged has yet not to be accounted for as part of theory’s archival remit” (Apter 147-148).⁵

A continuación, Apter enumera una ingente lista de traducciones correspondientes a esa “intra European and trans-Atlantic transfer of texts”. Me permitiré agregarle las fechas ligeramente espectrales de las traducciones al castellano entre las más importantes de las que ella menciona. Estas versiones son también “trans-Atlantic” y, en ocasiones, “intra European”, ya que de vez en cuando aparecen Madrid y Barcelona como ciudades traductoras. La lista de Apter empieza con Bruce Fink como traductor de la edición completa de *Écrits* de Jacques Lacan en 2006; la traducción al castellano de Tomás Segovia (México) es de 1971. Sigue con Gayatri Chakravorty Spivak como traductora de *Of Grammatology* de Jacques Derrida en 1976; en castellano fue vertido por Oscar del Barco y G. Ceretti (Buenos Aires), en 1971. Continúa con Barbara Johnson como

⁴ “Trans-Atlantic” es, para Apter, “North-Atlantic”. Tanto en este caso como en el de “American Theory” por parte de Hillis Miller no existe la idea de un posible suplemento geográfico-histórico-lingüístico, ya sea de tierra firme o del océano.

⁵ Mi traducción: Aunque se ha admitido que existe una transferencia de textos intraeuropea y trasatlántica, todavía no se la considera parte del archivo de circulación de la teoría.

traductora de *The Dissemination* del mismo Derrida en 1981; en castellano se debe a J. Martín (Madrid), en 1975. Después Apter agrega a Alan Sheridan como traductor de *Discipline and Punish* de Michel Foucault en 1977; en castellano fue traducido por Aurelio Garzón (México) en 1976. Paul Patton tradujo *Difference and Repetition* de Gilles Deleuze al inglés en 1994; al castellano se tradujo primero la introducción por Francisco Monge (Barcelona) en 1972 y el libro completo por Alberto Cardin (Madrid) en 1988. Puedo agregar otros casos de precedencia o simultaneidad. Eliseo Verón (Buenos Aires) tradujo *Antropología estructural* [1958] de Claude Lévi-Strauss en 1961; al inglés se vertió en 1963. *El grado cero de la escritura* [1953] de Roland Barthes apareció en inglés en 1967 y en castellano (Buenos Aires) en el mismo 1967. Incluso, como parte sustancial de las maneras de hacer filosofía que Apter atribuye, con gran sutileza, a la práctica –y yo agregaría, a la geografía– de la traducción, cabe aportar que “Estructura, signo y juego en el discurso de las ciencias humanas”, se publicó en inglés en 1970 en *The Structuralist Controversy—The Languages of Criticism & the Sciences of Man*, cuya traducción al castellano es de 1972, el volumen que reunió las ponencias del célebre encuentro de Baltimore. Como ese texto de Derrida circuló antes de *De la gramatología*, para los estadounidenses la conferencia de Baltimore supuso la llegada de Derrida a sus costas. En cambio, en castellano la conferencia había sido precedida, en 1971, por la traducción de Oscar del Barco y G. Ceretti (Buenos Aires) de *De la gramatología*. Así, para los lectores en castellano de esta obra la presencia de Derrida en el volumen de Macksey y Donato es posterior al libro anterior, mientras que para los norteamericanos la revelación derrideana se produjo en Baltimore, porque la traducción de Gayatri Chakravorty Spivak de *De la gramatología* es de 1976. Por fin, *Anti-Oedipus* [1972] de Gilles Deleuze, cuya traducción al inglés es de 1983, se tradujo en cambio de inmediato, en 1973, por Francisco Monge (en Barcelona). Allí también José Manuel Llorca había vertido el año anterior las conferencias del encuentro de Baltimore. Si nos detuviésemos en los desajustes y armonías de lectura americanas (del norte y del sur) de otros autores, encontraríamos más ejemplos de cómo se armaron, casi en paralelo, los aparatos de pensar en nuestras disciplinas: *Los condenados de la tierra* de Franz Fanon fue traducido por

Constance Farrington al inglés en 1986, mientras que la traducción al castellano de Julieta Campos (México) es de 1963.

Es curioso que cuando llega la globalización y surgen las primeras discusiones en torno de la World Literature, no se registren casi nunca, salvo en las esferas de las propias lenguas, estudios detenidos y comparados de los movimientos paralelos de actividad traductora y de conformación de sociabilidades intelectuales muy similares en lo editorial pero espectacularmente distintas en lo institucional: en nuestras Américas, en la segunda mitad del siglo XX, las universidades no son los únicos centros de irradiación y circulación del pensamiento y la teoría, debido a la inestabilidad política. Pero eso no quiere decir que la actividad conceptual y teórica se empobrezca, como demuestra mi suplemento a la lista de Apter. No se debe culpar a nadie por ello: los primeros en no registrar la peculiaridad y abundancia de la circulación de nuestros discursos académicos, críticos y teóricos somos nosotros.⁶

Por otro lado, en casi todo el período al que corresponde la lista de Apter y mi propio suplemento nuestra actividad americana de esforzados cosmopolitas deglutía y expulsaba hacia la deprimida España del franquismo –o sea: desde Latinoamérica a España– el conjunto sustancial de la producción de las ciencias humanas. En el período que queda aquí circunscrita la lista España era, en general, el país receptor de Argentina y México, lo que invirtió el esquema hegemónico tradicional con el que se describen, aún hoy, las circulaciones de ideas y discursos: en ese momento se invirtió Norte-Sur, el modelo “fuerte” al que alude Miguel Rosetti y al que atribuye nuestra “condición espectral”.

A partir de esa actividad “trans-Atlantic” Apter sostiene:

En each instance, the translator plays a pivotal role in the history of theory in her or his own right. Translational apprenticeship, as a way of learning and teaching philosophy and theory has always been recognized, but it is something that warrants more explicit

⁶ Así, Manuel Asensi y Mabel Richard, el primero profesor de Teoría de la Literatura y Literatura Comparada de la Universidad de Valencia (España) y la segunda profesora de Traducción e Interpretación en la misma universidad, que presentan exquisitamente la traducción al castellano de una de las versiones de “Border Crossing: Translating Theory” no advierten en ningún momento, en el prólogo, que la presunción de Hillis Miller acerca de que “American literary theory has been translated and appropriated in all parts of the world” podría ser discutida, matizada y relativizada en los propios contextos lingüísticos a los que ellos pertenecen.

foregrounding as a critical pedagogy in the humanities. [...] My point here es that studying the history of translation within the history we are not just performing a philological or intelectual exercise. By gauging the deformations, reformulations and temporal *décalages* of translated works, we are doing philosophy (Apter *Against World Literature* 249).⁷

No se puede reprochar a Hillis Miller su entusiasmo acerca de la irradiación universal de la “teoría americana”, a pesar de que se la podría matizar con toda clase de listas y de lecturas y de investigaciones acerca de la constitución de la teoría literaria y también de los nuevos impulsos del comparatismo en los últimos cuarenta o cincuenta años en nuestro medio (Gerbaudo, Hidalgo Nacher). Lo mismo se podría describir si se confrontaran sus afirmaciones con otras tradiciones críticas, como la alemana o la italiana de los mismos períodos. Pienso ahora en lo revelador que resulta que *What Is Neostructuralism* de Manfred Frank, quien sistematizó en 1984 la recepción alemana de la teoría francesa de manera exhaustiva, tenga una traducción al inglés de 1989 y una castellana, muy tardía, en 2011: quizá fuese una obra alemana “local” necesaria, hecha por uno de los grandes discípulos de H.G. Gadamer y, hasta cierto punto fuese también una necesidad local- en la tradición estadounidense. Pero evidentemente no lo era en la tradición argentina. Al revés, se podría analizar la coincidencia, en 1999, de las traducciones castellana e inglesa de *Atlas of The European Novel 1800-1900*, de Franco Moretti. Usando un sugerente título de Ottmar Ette (“Literatura en movimiento”), podríamos preguntarnos (de manera no binaria) por la teoría en movimiento –o en quietud- e iluminar la celeridad en la incorporación de ciertas flexiones discursivas o la reticencia a otras en distintos pero coexistentes ámbitos culturales y lingüísticos.

Es impensable, además, no mencionar que las características peculiares de la conformación de las comunidades de lectores de teoría, en buena parte de

⁷ Mi traducción: En cada caso el o la traductora juega un papel fundamental y propio en la historia de la teoría. Siempre se ha reconocido el papel del oficio de la traducción como modo de aprendizaje y enseñanza en la filosofía y la teoría, pero se trata de algo que exige una reflexión más explícita como pedagogía crítica de las humanidades. [...] Lo que sostengo aquí es que al estudiar la historia de la traducción dentro de la historia no sólo realizamos un ejercicio filológico o filosófico. Al detenernos en las deformaciones, reformulaciones y *décalages* temporales de las obras traducidas, hacemos filosofía.

Latinoamérica, tuvo que ver con la tempranísima incorporación de Pierre Bourdieu. Señala Ana Teresa Martínez:

Hay que reconocer, no obstante, que en el caso de Bourdieu existen también, sobre todo en algunas importaciones tempranas, cuando incluso su nombre no era aún dominante en Francia y era apenas conocido en el resto de Europa y en los Estados Unidos, momentos de una recepción seria y especialmente productiva, puesta al servicio de la investigación empírica, renovadora de un modo de pensar el mundo social y no meramente orientada al comentario o la glosa. Tal vez el dato más curioso en este caso, sea que el primero de los libros de Bourdieu que se tradujo al español muy tempranamente en la Argentina y que circuló mimeografiado en algunos medios académicos, como los vinculados a FLACSO ya por 1971, (antes de la traducción de siglo XXI, para la que José Aricó había obtenido los derechos en 1972 y que se concretó en 1975), fue *El oficio de sociólogo*, que recién en 1991 fue vertido al inglés. Es decir que Bourdieu llegó a la Argentina muy temprano y primero como epistemología, en un texto de difícil lectura, pero que se adelantaba, en plena ortodoxia positivista (versión liberal o marxista), a liberar a la sociología de empirismos y teoricismos. Una investigación más minuciosa debería ponderar la influencia efectiva que pudo tener este planteo epistemológico en una etapa de tanta radicalización política de las ciencias sociales como fue la que va de 1970 a 1974¹⁵ y en los años siguientes, marcados por la dispersión y el exilio masivo de buena parte de los científicos sociales argentinos. En 1971, Emilio Tenti Fanfani había llegado también de Francia –donde había tenido noticia de Bourdieu gracias al comentario de otro argentino, Ricardo Costa (quien algunos años después introdujera a Pierre Bourdieu en la Universidad de Córdoba)– trayendo *La Reproduction* y recibiendo un año más tarde la edición reciente de *Esquisse d'une théorie de la pratique*. La radicación de Tenti Fanfani a partir de 1975 en la Universidad de Cali, en Colombia, en una cátedra donde su antecesor español utilizaba a Bourdieu, lo llevó a realizar traducciones para uso de cátedra y a apropiarse de su pensamiento para la investigación. Posteriormente, en México desde 1979, en un momento fundacional de la sociología de la educación, introdujo a Bourdieu en aquel país, para la investigación y la docencia en ese campo. [...] Mientras tanto, con los cuerpos docentes y de investigadores arrasados por la violencia política, la emigración y el exilio, desde el grupo fundador de la revista *Punto de Vista* (en 1978), en el contexto de estrategias de largo plazo que comienzan a flexibilizarse porque la dictadura militar empieza a mostrar sus quiebres internos, Carlos Altamirano y Beatriz Sarlo habían introducido ya en la Argentina planteamientos de Bourdieu para pensar la sociología de la cultura, y especialmente de la literatura. La editorial Siglo XXI de México había editado en 1967 una compilación de textos titulada *Problemas del estructuralismo*, donde se incluía la traducción de

Champ intellectuel et projet créateur (Martínez, “Lecturas y lectores de Bourdieu en la Argentina”).

A pesar de estas objeciones, no se puede rebajar la importancia de las aportaciones de Apter al debate de la *World Literature*. Sólo llama la atención, en Hillis Miller o en Apter, su imposibilidad de pensar en intercambios múltiples, paralelos y consistentes (desde el punto de vista de la teoría y el comparatismo) que no esté anclada en aquello que tantas veces se ha definido como pura “lógica binaria”. En los dos casos, los términos que se oponen en esta lógica son “lengua inglesa” y “mundo”.

Hubo, no obstante, algunos momentos y lugares en que pareció romperse, de manera inconsciente, esa lógica. Intentaré reconstruir algunos de ellos, aun a costa de seguir convocando espectros y fantasmas.

María Rosa Lida: un episodio en la historia de la filología americana (1939-1955)

El comparatismo ha sido siempre un malentendido y, en parte, nosotros somos los objetos del malentendido: carece de campos, de géneros y métodos propios. Reposa en el registro acumulativo de huellas yuxtapuestas, entre el azar de las almas bellas y la labor académica y editorial moderna. Se originó en muy celebradas frases-las observaciones de Goethe a Eckermann- se consolidó en Francia a partir de la afirmación imperial de la superioridad cultural francesa, fue instrumento de las guerras civiles europeas desde 1870 -Alsacia, Lorena- hasta la guerra del 14-18, sobre todo entre Francia y Alemania. Agotadas las potencias, se gremializó más tarde y durante quince años vivió en las universidades, las correspondencias y la investigación de la gran filología de un lado y otro del Atlántico, desde Europa a la Argentina, México o Estados Unidos (Domínguez, Saussy, Villanueva 2016, 33-41). Se desgarró entre 1933 y 1955; quizá no sea casual que esos años permitiesen una mayor aspiración a ser visibles por parte de algunos de historiadores de la literatura, críticos y filólogos nuestros. A este lapso pertenecen las extraordinarias pugnas o intentos de discusión -parcialmente abortados- de la gran filóloga -helenista y romanista- argentina María Rosa Lida con Ernst Robert Curtius a propósito de *European Literature and the Latin Middle*

Ages y con Gilbert Highet a propósito de *The Classical Tradition: Greek and Roman Influences on Western Literature*. Ambos ejemplos muestran que incluso dentro de la esfera de la más alta filología el comparatismo es asimétrico. Lida logró publicar en las lenguas y revistas adecuadas de la primerísima línea de la filología románica, para que Curtius y Highet la leyeran, pero no hay registro de esas lecturas, salvo algún cortés acuse de recibo de Curtius a Lida, que ya residía en Estados Unidos. He sostenido en otra parte (Catelli “María Rosa Lida” 81-101) que la primera actuación de Lida –quizás la más notable por el esfuerzo y el recorrido– es el trabajo, que posee la extensión y unidad de un libro unitario, sobre el ya mencionado libro de Curtius. Lida lo tituló “Perduración de la literatura antigua en Occidente (A propósito de Ernst Robert Curtius, *Europäische Literatur und lateinisches Mittelalter*)” y apareció en Berkeley en *Romance Philology* (1951/1952). La segunda, “La tradición clásica en España” es la que dedicó a *La tradición clásica. Las influencias griegas y romanas en la tradición occidental* (1949) de Gilbert Highet: la reseña apareció en México en la *Nueva Revista de Filología Hispánica* (1951).

Los formatos que Lida desplegó en esas polémicas sufrirían ahora el mismo destino; no más que un acuse de recibo. A pesar de ello, Lida se sostenía sobre una convicción de la que nosotros carecemos: sus interlocutores no podían aducir ignorancia del castellano, que formaba parte del repertorio de lenguas que cualquier comparatista debía conocer. Eso no sucede ahora. Baste pensar en los trabajos que interpelan los discursos de los principales estrategas actuales de la literatura mundial o de los debates en torno de la *World Literature*: los ejemplos de esos trabajos pasan todos por el fiel de la traducción al inglés. Así sucede con las consideraciones de la propia Apter en torno de “Hommage to Roberto Arlt” de Ricardo Piglia, que se basa en la traducción de Sergio Gabriel Waisman y, sobre todo, en un ensayo de Bruno Bosteels en el *Journal of Latin America Cultural Studies* (Apter 313). El problema no es la excelente traducción al inglés de Waisman, sino el inadvertido estrechamiento e incluso el borramiento de los discursos críticos que no se hayan traducido al inglés. Acerca de Piglia esos discursos (en castellano) existen en abundancia, fuertemente vinculados, además,

a la circulación de la teoría y el pensamiento literarios de los años sesenta y setenta tan fundamentales en la lista de Apter.

Fenomenología del comparatismo implícito

Hacia 1958 el comparatismo parecía fosilizarse, al menos donde se practicaba con conciencia de hacerlo: parte de Europa y de Estados Unidos. Hubo otro comparatismo inadvertido y que era casi como la respiración de la lectura: se desarrolló en otras latitudes, las nuestras, y no formó un corpus académico. El que ha pasado a la historia de la disciplina es únicamente el primero, el fósil visible de 1958. Quien decretó su estado pétreo, con un pie en las políticas culturales de la guerra fría y otro en el inicio del choque entre teoría e historia literaria, fue René Wellek, hombre de todas las estaciones, checo, europeo, norteamericano, en una conferencia hoy celeberrima, “La crisis de la literatura comparada”, en la que quiso sacudir los protocolos de esta actividad inespecífica. Debería hacerse ahora un estudio acerca de la recepción entonces disímil de esa conferencia, que hoy se considera universal. Nos encontraríamos con uno de los ejemplos de miopía de los grandes centros: creer que hay una sola localización y una sola cronología lógica en la marcha del pensamiento. No en la marcha de la creación: la *World Literature*, como antes la *Welt Literatur*, es hospitalaria y celebra sin duda la riqueza múltiple de la creación literaria y artística. El problema tiene que ver con la no aceptación de que las tradiciones teóricas y críticas locales que acompañan esas creaciones puedan ser tan consistentes como la misma literatura que es su objeto: ese relegamiento adelgaza o empobrece el repertorio de los objetos estéticos o culturales estudiados o absorbidos.

La intervención de Wellek, en la actualidad evocada abundantemente, no tuvo eco en las universidades argentinas durante décadas: ni desde 1955, antes del predominio del estructuralismo y sus bases epistemológicas, ni tampoco durante su posterior hegemonía, acompañada entonces por la sociología y las ciencias sociales, muchas veces de manera beligerante. La conferencia de Wellek no consiguió resonancia en nuestras facultades no porque éstas hubieran seguido el mismo proceso de fosilización del comparatismo y se resistiesen a admitirlo, sino,

al contrario, porque las facultades de letras eran en esos años naturalmente comparatistas: comparábamos como quien respira. Las razones de esta diferencia no son biológicas sino institucionales: al revés de lo que sucedía en las latitudes en las que pensaba Welles, no teníamos estructura departamental por lenguas o tradiciones, y la enseñanza se apoyaba en una idea de continuidad entre lo europeo y lo americano completamente indiscutible, hasta, al menos, principios de los sesenta. En la actualidad esa misma continuidad constituye un foco de discusión permanente. No es casual que el único punto de fricción fuese, dentro de nuestros estudios, el de las lenguas indígenas (que encontraban su arraigo universitario en la surgiente antropología). Pero una nueva agrupación de disciplinas del americanismo la hizo visibles muy pronto: dentro del corpus de la *América Latina en su Literatura* (1972), el volumen de la UNESCO coordinado por César Fernández Moreno, que es uno de los grandes monumentos del comparatismo implícito en nuestras costas.

¿Era ese comparatismo pneumático deficiente o sólo sucedió que su localización, sin posibilidades de visibilidad exterior, lo convirtió en algo olvidable?

Lectores fantasmales de la teoría

De hecho, en la medida en que carece de supuestos propios, cuando se aspira a poner en marcha una perspectiva comparatista se sigue haciendo alguna forma de historia literaria, en la que la circulación de las ideas tiene aparentemente un papel auxiliar. Y una de las maneras más sinuosas y difíciles de juzgar el valor en la circulación de las ideas es la traducción, actividad universal y permanente pero significativamente más abundante entre nosotros los cosmopolitas que en los centrales.

Por eso los equívocos del comparatismo se hacen tangibles, visibles, legibles y practicables –actividades paralelas pero distintas todas ellas– en las escenas y en los ritmos de la traducción. Y, sobre todo, en la lectura de la traducción. Los lectores nacionales de las repúblicas americanas (y también, de otra manera, en España hasta la llegada de la democracia, en 1975-78) eran transmisores insertos en unas instituciones universitarias siempre sometidas al asedio político y militar,

pero completadas por seminarios informales y grupos de estudio que supusieron, indirectamente, movimientos de renovación académica promovidos desde fuera de las propias universidades. En este aspecto interesan los mecanismos concretos, personales y materiales que hicieron posible la irrupción de la teoría literaria: viajes, traducciones, lecturas exógenas, venidas de terrenos inesperados: la antropología, el psicoanálisis, la lingüística. Como ejemplo de lectura fantasmal típica vuelvo a ese encuentro legendario que tuvo lugar en Baltimore en 1966 y que se reunió en 1970 en el reputado volumen de Richard Macksey y Eugenio Donato. Del volumen existen tres ediciones en inglés y una única traducción unitaria: al castellano. Nunca hubo traducción unitaria al francés, a pesar de que entre los autores estaban los más relevantes intelectuales franceses de la época. La traducción al castellano fue inmediata. Se hizo en Barcelona, dos años después de la aparición de la primera edición en inglés, lo que supuso una también instantánea circulación transoceánica: quien esto escribe compró el volumen en Rosario (Argentina) el mismo año de la traducción, 1972. Es imposible reconstruir quiénes eran los consejeros editoriales de Carlos Barral en esos años, cuando ya no era el editor poderoso de Seix Barral, de la que había sido despedido, sino que acababa de fundar Barral editores, que a su vez se hundió cuatro o cinco años más tarde. Lo único que sabemos es que en aquel lapso Barral, que tenía la virtud de rodearse de grandes lectores, hizo circular, en una colección titulada “Breve Biblioteca de Reforma”, entre 1969 y 1975, a Gilles Deleuze, Jacques Lacan, M.H. Abrams, Furio Jesi o Marcel Mauss.

No se es cosmopolita de una sola manera: hay cosmopolitas melancólicos y los hay eufóricos.⁸ Los primeros lamentan vivir una existencia cultural doble o triple. Diría que Carlos Barral y sus informadores barceloneses fueron melancólicos: es difícil salir de la melancolía cuando se ha sido un imperio, el imperio se ha evaporado lentamente y se vive en una sociedad cerrada bajo un régimen prolongado de terror. En cambio, los receptores casi inmediatos del libro en América Latina éramos cosmopolitas eufóricos. No todos los europeos son

⁸ La consideración de Mariano Siskind sobre el cosmopolitismo literario como modalidad discursiva articulada a partir de una *interpelación cosmopolita* (“Nuestras imposibilidades” 187) es trasladable a mis usos del término cosmopolita en este ensayo.

melancólicos. Muchas sociedades de Europa –la húngara, la polaca y, en parte, la italiana- pertenecen a la armada de los eufóricos; no los españoles, agobiados por el recuerdo del poder planetario perdido y el franquismo claustrofóbico.

El libro nos perteneció desde el principio. Estábamos allí, visitantes fantasmales de las páginas de la versión castellana, en 1972, con su notoria inversión del título: *Los lenguajes críticos y las ciencias del hombre- Controversia estructuralista*, traducido por José Manuel Llorca. No habíamos estado, físicamente, en Baltimore. Ese año, entre el 18 y el 21 de octubre, bajo el auspicio de la Universidad Johns Hopkins, organizados por Eugenio Donato y Richard Macksey se reunieron, convocados por Claude Lévi-Strauss, que no asistió; con la promesa de la asistencia de Roman Jakobson, que tampoco lo hizo, los principales representantes franceses del estructuralismo o de sus disidencias, coronados por un joven Jacques Derrida cuya última conferencia, liquidó, se supone, aquel estructuralismo del convocante Lévi-Strauss. Entre los jóvenes asistentes estaban John Hillis Miller, Edward Said, y también, como veremos más adelante, Paul de Man, quien entonces se encontraba muy cercano a Georges Poulet.

La serie de conferencias es reveladora y los cosmopolitas sureños habíamos leído a muchos de ellos. Casi puede afirmarse que nos asombraba que en 1966 los norteamericanos fuesen tan virginales respecto de los franceses, sin advertir que esto se debía a la fortaleza de las propias corrientes estadounidenses, desde la semiótica a la lógica o a la crítica literaria, sobre todo en la *New Criticism*. Eugenio Donato, nacido en Chipre, especialista en literatura francesa, fue el primero en poner en el centro del debate dos nombres cruciales. Su conferencia empezaba así:

The Works of Lévi-Strauss and Lacan have taken the place of the Works of Sartre and Merleau-Ponty, and it is towards them that marginal disciplines, such as literary criticism, are turning in search of a methodological guide; in the same way as, a few years ago, they turned towards phenomenology and existentialism⁹ (Macksey and Donato 89).

⁹ Mi traducción: “Las obras de Lévi-Strauss y Lacan han sustituido las de Sartre y Merleau-Ponty y, a través de aquéllos, disciplinas marginales, como la crítica literaria se han volcado a buscar una guía metodológica; de la misma manera en que, unos pocos años antes, lo habían hecho respecto de la fenomenología y el existencialismo”.

A ese movimiento se debe la existencia de dos “languages of criticism” (89). El primero aspiraría a la unidad, a la armonía, al contacto entre conciencia del creador y conciencia del crítico. El segundo vendría a romper esa aspiración a la unidad. Donato pone junto a Lévi- Strauss, eje del sistema, al recién llegado Jacques Derrida, que unos meses antes había publicado en la revista *Critique* el capítulo inaugural del libro que aparecería como *On Grammatology* en 1967.

A él –a Donato, que cumplió la función de un auténtico provocador, animador de aquello que los había reunido– lo siguieron Lucien Goldmann, especialista en literatura francesa y difusor de la idea de estructuralismo genético –poco después anulado por el estructuralismo *tout court*–, además de Tzvetan Todorov, Roland Barthes, Jean Hyppolite, uno de los grandes maestros de los hegelianos franceses junto con Alexandre Kojève. Estaban también Jacques Lacan; Guy Rosolato, psicoanalista francés nacido en Estambul; Neville Dyson Hudson, antropólogo; Jean Pierre Vernant, el gran helenista; y el lingüista francés Nicolas Ruwet.

Y nosotros, ¿dónde estábamos? En el deseo de la lectura de las traducciones, que nos permitía abarcar el archivo que allí se reunía: habíamos leído ya a casi todos ellos, desde Georges Poulet a Jacques Derrida. La traducción barcelonesa de José Manuel LLorca era inmediatamente apropiable porque los americanos compartíamos con los españoles un único rasgo: y no es la lengua. El rasgo que nos une es que somos periféricos, unos americanos y otros europeos, pero ambos periféricos: nuestra relación con la teoría y con los centros occidentales del pensamiento es ésta. Sólo que lo somos de distintas maneras. Ser periférico es constitutivo de nuestros estados latinoamericanos; en cambio la península se convirtió en periferia, desde finales del siglo XVIII, después de haber sido central en Europa y en el mundo. Nuestros estados, con matices, concebían su construcción como un rechazo de España, y por ello nuestra periferia es triangular: para desprenderse de España nuestros padres fundadores enlazaron nuestros destinos culturales a los grandes imperios modernos: sobre todo, Francia e Inglaterra.

Somos periféricos, convengamos en ello. La prueba es contundente: son las bibliografías, los índices onomásticos, las citas. No nos encontraremos, o nos

encontraremos muy poco. Se pueden aducir excepciones: José Ortega y Gasset es una, ya que algunas de sus obras, tempranamente traducidas, llegaron hasta el aparato de citas de Susan Sontag (*Against Interpretation*, 23).

No existe un solo modo de ser periférico. Me he referido antes a melancólicos y eufóricos; podría dividirlos también entre inclusivos y partitivos. Un ejemplo: dentro del encuentro de Baltimore hay un diálogo entre Roland Barthes y Paul de Man- que nos muestra otro tipo de relación -la partitiva- entre el delicadamente central Roland Barthes y el soterradamente cosmopolita Paul de Man. Y nos permite redefinir, a partir de esa relación, nuestras propias relaciones americanas -que yo llamaría inclusivas- con Barthes.

Barthes pronunció allí una conferencia célebre: “Escribir: ¿verbo intransitivo?”. Tras la conferencia se suscitó una discusión, que en la edición está reseñada como “Discussion: Barthes and Todorov”. No se menciona a Paul de Man en este subtítulo, porque nadie consideraba entonces que en esa discusión fuese importante ningún otro que no fuese Todorov, a pesar de que entre los que participaron en ella se contaban Poulet, Jan Kott, Jean Hyppolite, Lucien Goldmann, Richard Macksey, Jean Pierre Vernant y Richard Schechner. No se los menciona en el subtítulo; menos aún al entonces casi invisible Paul de Man. De Man tenía unos cuarenta y cinco años, estaba todavía en la órbita de Georges Poulet, había ocultado su pasado y casi nunca hablaba de su propia lengua familiar -sustituida por el alemán de la educación y el francés del país bilingüe- había llegado a Estados Unidos en 1945. Cuando Paul de Man hablaba de su lengua materna, hasta el final de su vida, no se refería al alemán sino al flamenco (De Man, 87) culturalmente subordinado al alemán y francés. Su territorio natural era el del cosmopolita, es decir, todos o, al menos, varios; si hubiese sido alemán su posición intelectual hubiese sido completamente distinta. Ante Roland Barthes -cuyo texto disminuye hasta la casi inexistencia el concepto de sujeto- Paul de Man objeta, primero, que el sujeto de la fenomenología -el sujeto de la conciencia de su protector Poulet- no se puede abandonar en aras del psicoanálisis y la antropología. Y, en segundo término, le puntualiza acremente a Barthes, éste habla de la historia literaria, pero piensa sólo en una mitología típicamente francesa. Le dice De Man a Barthes que se equivoca cuando sostiene que el romanticismo y el

simbolismo, fueron, sobre todo, claudicaciones ante el imaginario de un sujeto pleno, y que tuvo que llegar Mallarmé para destruir esa ilusión. Que deforma la historia literaria –suponemos que se refiere a la alemana y la inglesa–: “you distort history because you need a historical myth of progress to justify a method which is not yet able to justify itself by its results” (Macksey y Donato *The Structuralist Controversy* 150-151).¹⁰ Barthes le contesta de manera cortante: “When I see something that might have happened fifty years ago, for me it already has a mythical dimension” (151).¹¹

Quise detenerme en esta escena no para discutir aquí la cuestión hoy vivísima de las diversas interpretaciones del romanticismo y el simbolismo en la modernidad, sino porque muestra una posibilidad impensable para nosotros: refutar a Barthes.

Los usos argentinos de Barthes, que son también escenas de traducción, no lo refutan, sino que lo activan y lo extienden: son inclusivos y sirven para discutir sobre lo nacional, lo popular, la lengua, la tradición narrativa, la mirada y hasta la esencia de la literatura cuando la idea misma de esencia tiende a desvanecerse. Hay un Barthes de Beatriz Sarlo, que lo sigue y lo proyecta hacia su propia escritura en varias vertientes. Hay un Barthes blanchotiano, como el de Alberto Giordano, que lo lee para permanecer dentro de los límites de la literatura como ente estético sin que el adjetivo “estético” aparezca. Hay un Barthes a través de cuyos usos se muestra la literatura argentina: José Luis de Diego. Nos incluimos en ellos y lo hacemos revivir. Oramos como los auténticos cosmopolitas, sin justificar nuestra intervención en una escena que no nos incluye. Paul de Man, periférico europeo, partitivo y melancólico, se revuelve contra Roland Barthes; nosotros, americanos eufóricos e inclusivos, lo extendemos (Rosetti, 2006).

No hay lectura que no sea, a la vez, una localización y, por encima de cualquier otra cosa, una fecha. En esta era de la literatura mundial la traducción

¹⁰ Mi traducción: Usted deforma la historia porque necesita un mito histórico de progreso para justificar un método que todavía no está en condiciones de justificarse a sí mismo por sus resultados.

¹¹ Mi traducción: Cuando considero algo que puede haber ocurrido hace cincuenta años, para mí posee ya una dimensión mítica.

es una condición fundamental e histórica de particularización conceptual. Sólo se trata de hacerla visible: cuando se advierte que ciertas localizaciones y, sobre todo, ciertas fechas nos obligan a hacernos conscientes de una necesaria pluralidad, mientras que otros viven en la inadvertencia feliz de una centralidad apacible. No hay una sola salida ante esa multiplicidad que parece ser nuestro destino. Entre nuestras comunidades latinoamericanas suele insistirse en la índole paródica o caótica de nuestros asaltos teóricos a las tradiciones centrales. Tal vez la insistencia en el carácter dislocado o deformado de nuestros usos de la teoría y la crítica sea simplificadora, porque indirectamente presupone *una única* cronología dominante que se adecuaría –en la acepción más corriente del término “clásico”– a cada discurso crítico o teórico. Invocando la pugna de María Rosa Lida, introduciendo las traducciones y la teoría latinoamericana de los años sesenta y setenta del siglo XX, haciendo revivir la lectura fantasmal de la traducción castellana del encuentro de Baltimore, se puede, al menos, desplazar esa centralidad y mostrar, ante nosotros mismos, su insuficiencia.

Bibliografía

Apter, Emily. *Against World Literature: On the Politics of Untranslatability*. London & New York: Verso, 2013.

Catelli, Nora. “María Rosa Lida: posición americana, filología y comparatismo.” *Filologia* XLIII (2011): 81-101.

Damrosch, David. *What is World Literature?* Princeton: Princeton University Press, 2003.

De Diego, José Luis. *Roland Barthes: una Babel feliz*. Buenos Aires: Almagesto. Rescate, 1993.

De Man, Paul, “On the Task of Translator”, by Walter Benjamin, *Yale French Studies* 69 (1985).

Domínguez, César, Haun Saussy, and Darío Villanueva. *Introducing Comparative Literature: New Trends and Applications*. London & New York: Routledge, 2016.

Ette, Ottmar. *Literatura en movimiento. Espacio y dinámica de una escritura transgresora de fronteras en España y América*. Madrid: CSIC, 2009.

Fernández Moreno, César, ed. *América Latina en su literatura*. Buenos Aires: Siglo XXI, 1972.

Gerbaudo, Analía. "La contraofensiva parauniversitaria durante la última dictadura argentina: el caso de 'Lecturas críticas'" *Iberoamericana* 15.58 (2015): 101-121.

---. "Algo más sobre un mítico seminario (usina teórica de la universidad argentina de la posdictadura)." 452° F: *Revista de Teoría de la Literatura y Literatura Comparada* 12 (2015): 132-152.

---. "De la revolución a la nano-intervención: tonos, inflexiones y acentos en la escena teórica contemporánea" *Telar* 10. 13/4 1 (2015): 67-81.

---. "Los estados de la teoría (Tecnocracias corporativas, científicismos y desconstrucción: repliegues y desmontajes en algunas escenas contemporáneas)." *El taco en la brea* 1 (2014): 140-168.

Giordano, Alberto, Roland Barthes. *Literatura y poder*, Beatriz Viterbo Editora, Rosario, 1995.

Gramuglio, Maria Teresa. *Nacionalismo y cosmopolitismo en la literatura argentina*. Rosario: Editorial Municipal de Rosario, 2013.

Hidalgo Náchter, Max. "Los discursos de la crítica literaria argentina y la teoría literaria francesa (1953-1973)." 452° F: *Revista de teoría de la literatura y literatura comparada* 12 (2015): 102-131.

Hillis Miller, Joseph. "Border Crossings, Translating Theory: Ruth" [1991] *The Translatability of Cultures. Figurations of the Space Between*, ed. Sanford Budick and Wolfgang Iser. Stanford: Stanford University Press, 1996.

Macksey, Richard and Eugenio Donato, eds. *The Structuralist Controversy: The Languages of Criticism & the Sciences of Man*. 40th Anniversary Edition. Baltimore: The Johns Hopkins University Press, 2007.

Martínez, Ana Teresa. "Lecturas y lectores de Bourdieu en la Argentina." *Prismas* 11:1 (2007), n.p.

Rosetti, Miguel. "A contraluz. World Literature y su lado salvaje." *Chuy. Revista de Estudios Literarios Latinoamericanos* 1 (2014): n.p.

---. "Roland Barthes: un caso argentino." *No retornable* (2006). Online journal. <http://www.no-retornable.com.ar/v8/dossier/rosetti.html>. Web.

Sarlo, Beatriz. *Una modernidad periférica: Buenos Aires, 1920 y 1930*. Buenos Aires: Nueva Visión, 1988.

---. *La ciudad vista. Mercancías y cultura urbana en Buenos Aires*. Buenos Aires: Nueva Visión, 2009.

Siskind, Mariano. "Nuestras imposibilidades: la argentinidad de la literatura argentina y el cosmopolitismo de la literatura brasileña." In *Experiencia, cuerpo y subjetividades: nuevas reflexiones. Literatura argentina y brasileña del presente*, ed. Mario Camara, Lucia Teninna and Luciana di Leone. Buenos Aires: Santiago Arcos Editor, 2011.

Sontag, Susan. *Against Interpretation*. New York: Farrar, Straus & Giroux, 1966.